

Sociología

— Rodolfo Ramón de Roux, S.J.*

IGLESIA Y SOCIEDAD:

LOS PROBLEMAS DE UN CAMBIO

PREMISA

Los tiempos presentes no son de calma. Colombia es un país convulsionado en un continente convulsionado. Es probable que la inmediatez y multiplicidad de acontecimientos tan hirientes que taladran la vista, no permita una apreciación serena y adecuada. Falta todavía perspectiva histórica y discernimiento sistemático de los hechos. Se corre el peligro de agrandar las minucias y de dejar pasar lo verdaderamente importante.

Conscientes de estos límites, pero también conscientes de la responsabilidad de contribuir a dar sentido a una realidad, en vistas a una acción más eficaz de transformación de la misma, avanzamos algunas hipótesis y consideraciones sobre algunos problemas de ubicación socio-política que afronta la iglesia católica en Colombia a un nivel de estructura eclesíastica.

En manera alguna se pretende juzgar aquí la calidad de vida cristiana de las personas, y menos a partir de su posición po-

lítica o económica. Aunque valga anotarlo, es éste uno de los problemas álgidos del momento: si el cristianismo es adjetiva o sustantivamente político; si la autenticidad del cristianismo exige y debe ser juzgada de acuerdo a opciones políticas.

UNA SITUACION DE PRIVILEGIO

Se suele considerar a Colombia como uno de los países latinoamericanos que posee formas y estilos más marcados de catolicismo tradicional. La iglesia está profundamente enraizada en la vida institucional de la sociedad y desempeña un papel significativo en lo cultural, asistencial, educativo y ritual.

El catolicismo, garantizado como religión oficial por el Concordato de 1887, es reconocido por el nuevo Concordato, (1973) como "elemento fundamental del bien común y del desarrollo integral de la comunidad nacional" (art.1).

La iglesia ha gustado de proclamar que nuestro pueblo es profundamente católico,

* Licenciado en Filosofía y Teología; Profesor de Historia de la Iglesia en la Facultad de Teología, Universidad Javeriana, Bogotá.

y en virtud de esa premisa ha reclamado muchos de sus privilegios, siendo apoyada por el partido conservador en muchas de sus iniciativas.

El clero, básicamente nacional, ha contado con sacerdotes influyentes y notorios en todas las esferas de la sociedad, y ha desempeñado roles claves como autoridades religiosas, agentes rituales, líderes comunitarios, educadores, y miembros de importantes grupos de decisión seculares; baste recordar, a título de ejemplo, cómo la Ley 135 de 1961 manda que se establezca en cada municipio un comité de Reforma Agraria, del cual debe formar parte el párroco.

Los laicos son, en gran parte, miembros leales, inactivos, preocupados por sus obligaciones rituales y sacramentales, especialmente en los momentos "fuertes" de la vida: nacimiento, matrimonio, muerte. Los laicos que participan en el trabajo de la Iglesia, desempeñan el papel de "seguidores fieles" o "auxiliares clericales".

A partir de la década del cincuenta, la iglesia católica colombiana ha sido objeto de especial atención por parte de la jerarquía romana. En 1953 se nombró el primer cardenal colombiano. Fue éste el primer país latinoamericano donde se constituyó un Secretariado Permanente del Episcopado Colombiano (fundado en 1953 por la XV Conferencia Episcopal) que serviría luego de modelo al Secretariado Permanente de la Conferencia Episcopal Latinoamericana (CELAM) con sede en Bogotá, y cuyo actual Secretario es un obispo colombiano.

Así mismo, en agosto de 1968, Colombia fue designada sede del XXXIX Congreso Eucarístico Internacional, siendo la primera nación latinoamericana en recibir la visita de un Papa reinante.

Al finalizar el Congreso Eucarístico, los obispos latinoamericanos se reunieron en la ciudad de Medellín, en lo que constituyó una especie de relectura y aplicación del Vaticano II para Latinoamérica. La reunión de Medellín marcó una época en la historia de la Iglesia Latinoamericana convirtiéndose en fuente de inspiración para numerosos cristianos comprometidos en un cambio social. Parece, sin embargo, que desde la reunión del CELAM en Sucre (Bolivia, noviembre de 1972) se ha planteado un repliegue y un recoger las banderas de "Medellín".

IGLESIA Y POLITICA (1)

Existen en Colombia dos partidos políticos tradicionales. No es fácil señalar los intereses representados por cada uno de ellos; ambos son pluriclasistas, pero constituyen el control y la expresión política de una oligarquía que detenta el poder económico. De ambos partidos se ha dicho que son políticamente liberales y socialmente conservadores.

Históricamente un criterio de distinción entre ambos partidos ha sido el religioso clerical-anticlerical, unido a la idea de tradición-modernización, de autoridad-libertad, con una cierta oposición campo-ciudad. Así el partido conservador aparece como partido clerical y tradicional, con una clientela predominante en los campos,

(1) Para una ampliación del tema cfr.:

ALFONSO, Luis Alberto, *Iglesia y Política en América Latina: el caso de Colombia* (pro manuscrito); tesis de doctorado en Ciencia Política, Bogotá, 1975, pp. 190.

CADAVID, J. Iván. *Los fueros de la Iglesia ante el liberalismo y el conservatismo*, Medellín, Ed. Bedout, 1956.

GONZALEZ, Fernán. *Iglesia católica y partidos políticos en Colombia*, en Revista "Universidad de Medellín", Enero-Marzo 1976, pp. 87-159.

URAN ROJAS, Carlos. *Participación política de la Iglesia en el proceso histórico de Colombia*, Lima, Miec-Jeci, 1972.

en donde también ha sido más fuerte la influencia de la iglesia católica; mientras que los sectores urbanos, mucho más secularizados, han votado generalmente por el partido liberal. Este recoge en sí diversas tendencias, con un denominador común anticlerical y progresista, lo que explica que al aparecer los grupos socialistas de los años veinte, fueran en buena parte reincorporados al partido liberal. Lo mismo sucedió con las minorías protestantes que durante la época de *La Violencia* (década posterior al 9 de abril de 1948, fecha del asesinato del líder liberal Jorge E. Gaitán) se incorporaron en forma beligerante a la oposición contra el gobierno conservador, lo que trajo como contrapartida política-religiosa la llamada "persecución a los protestantes".

Durante el gobierno de Gustavo Rojas Pinilla (1953-1957) la crisis económica y financiera y los catastróficos efectos de una violencia que se escapaba al control de los partidos políticos, forzaron la búsqueda de un instrumento que permitiera el arbitraje de las disputas. Los dos partidos establecieron un acuerdo, cuyas bases se discutieron en España entre los expresidentes Laureano Gómez (conservador) y Alberto Lleras (liberal). Este acuerdo fue sancionado por un plebiscito nacional en diciembre de 1957. Se entró así en el período del llamado *Frente Nacional* (1958-1974). El pueblo pagó diez años de violencia brutal para conseguir el que la plutocracia liberal-conservadora alternara durante dieciséis años en la presidencia de la república y compartiera equitativamente el aparato de poder político.

La institución del "Frente Nacional" vuelve a colocar a la iglesia como eje de la unificación nacional, con el cual los dos partidos políticos tradicionales querían estar a tono. En el preámbulo de la reforma constitucional aprobada por el plebiscito de 1957 se dice:

"En nombre de Dios, fuente suprema de toda autoridad y con el fin de afianzar la unidad nacional, una de cuyas bases es el reconocimiento hecho *por los partidos políticos* de que la religión católica, apostólica y romana es la de la Nación y que como tal los poderes públicos la protegerán y harán que sea respetada como *esencial elemento del orden social* y para asegurar los bienes de la justicia, la libertad y la paz, el pueblo colombiano en el plebiscito nacional decreta. . ." (el subrayado es nuestro).

Con este preámbulo, con el espíritu de concordia que lo animó y el entrelazamiento de los dos partidos para llegar a crear el "Frente Nacional", aparece un hecho insólito en cuanto tiene que ver con la política y la iglesia en Colombia: se borran oficialmente, por lo menos a nivel de declaración y de compromiso, las fronteras religiosas entre los dos partidos políticos, terminándose una disputa secular al respecto.

De los tradicionales "enemigos" combatidos por las pastorales de la jerarquía eclesiástica durante la primera mitad de este siglo: masonería, liberalismo, protestantismo y comunismo, sólo quedó este último. La masonería dejó de ser enemigo por pérdida de significación histórica. El antiprotestantismo fue siendo sustituido, después del Vaticano II, por el ecumenismo, aunque sería más exacto hablar de "convivencia pacífica". A propósito del antiprotestantismo vale la pena notar la orientación de la Iglesia católica colombiana respecto del espacio territorial como indicador de potencia religiosa. Orientación confirmada por los esfuerzos hechos en el pasado para mantener fuera del país a los grupos religiosos competidores desarrollando una "operación de contención", apoyándose en los privilegios acordados por el Concordato de 1887.

La reconciliación con el liberalismo ha puesto a la iglesia en estos últimos tiem-

pos como garante del "orden establecido", secundando el buen entendimiento de los dos partidos tradicionales y su éxito en la gestión del poder.

Actuaciones como los pronunciamientos de la jerarquía en épocas de elecciones (el último de ellos en abril del presente año con motivo de las elecciones para cuerpos colegiados, fue un claro llamado a votar solamente por los partidos tradicionales) dejan la impresión de una iglesia que ha asumido el deber de respaldar el "orden" y las "instituciones" civiles cuando éstas se ven puestas en tela de juicio. Es la mentalidad de una iglesia habituada a coincidir tanto con el orden civil que se siente responsable del mismo.

Otro hecho menor, pero significativo, de la nueva ubicación política de la iglesia colombiana lo constituye el intercambio político-eclesiástico de honores y condecoraciones. Después del Congreso Eucarístico Internacional se le impuso al Presidente Lleras Restrepo (liberal) el Gran Collar de la Orden Piana el 5 de enero de 1969 (el Gobierno había aportado dos millones de dólares para el Congreso Eucarístico). El 10 de julio del mismo año el Administrador Apostólico de Bogotá, cardenal Muñoz Duque, recibió la Gran Cruz de Boyacá, máxima condecoración colombiana. El 27 de marzo del presente año el Presidente Alfonso López M. (liberal) recibió el Gran Collar de la Orden Piana por sus servicios en la negociación y aprobación del nuevo Concordato. Dos meses después, el 4 de junio, el señor Cardenal fue ascendido a General de la República; pocos días antes había suspendido las licencias ministeriales a una veintena de sacerdotes que se solidarizaron con una huelga de empleados bancarios.

La alianza con el Partido Conservador, que antes era denunciada por el liberalismo pero que ahora se extiende a ambos, es denunciada ya no desde afuera sino

desde dentro de la Iglesia, lo que constituye una novedad.

Mientras parte del clero, sobre todo a partir del Vaticano II, de Camilo Torres († 1967) y de "Medellín" (1968), parece encaminarse hacia una reforma radical de nuestra sociedad, la jerarquía da la impresión de encontrarse entrabada por sus compromisos con la clase dominante, dándose lugar a un desgarramiento en el seno de la iglesia colombiana.

La esperanza que anima es que este desgarramiento, aunque doloroso, sea sano y conduzca a una cada vez mayor libertad de la iglesia respecto a un poder civil que la ha robustecido interesadamente desde la época de la Conquista y la Colonia. La desvinculación de los "poderosos de este mundo" es, tal vez, el único camino para que nuestra iglesia no se haga huérfana de su verdadero poder ante los ojos del pueblo más consciente.

FE Y LUCHA POR LA JUSTICIA

En Colombia de cada 100 habitantes en edad de trabajar, 25 están total o parcialmente desocupados. Y el 95% de las personas que trabajan ganan menos de \$ 1.500.00 pesos mensuales (aproximadamente U.S.\$ 50).

Entre Enero de 1973 y Enero de 1976 el costo de vida para las familias obreras subió en más del 69%. En cambio los salarios sólo subieron un 20% aproximadamente. Esta situación ha llevado a que durante los últimos treinta años el "estado de sitio" se haya mantenido total o parcialmente durante más de 24 años.

Ante esta lamentable situación, la Iglesia ha desempeñado, y todavía sigue desempeñando, una vasta obra de carácter *asistencial*. Pero sobre todo en el último decenio se ha tomado una mayor concien-

cia de la urgencia de cambios sustanciales a nivel de las *estructuras* mismas de nuestra sociedad.

Las posiciones católicas expresadas en las *declaraciones episcopales* consisten en su mayoría en planteamientos generales, que se mueven dentro de lo que tradicionalmente se ha llamado Doctrina Social de la Iglesia. En general la posición sobre el cambio social es bastante moderada. En el fondo denota una aceptación global del sistema establecido, aunque propone algunas reformas que harían un poco más tolerable la situación de las masas populares.

Aunque no hay mucha claridad en el modelo de cambio propuesto por los obispos colombianos, sí es notoria la insistencia en los aspectos de conversión o renovación interior que conlleva un cambio social. Generalmente se afronta el problema como si se tratara de una serie de fenómenos aislados sin nexo causal mutuo, que pueden remediarse con nuevos conceptos enseñados por la jerarquía y llevados a cabo por los laicos. Pero se pierden de vista los condicionamientos estructurales que impiden que una sociedad se modifique en base a solas ideas abstractas que cada individuo debe practicar en su vida. Este tipo de planteamientos parece dar razón a la acusación de idealismo, proveniente del campo marxista (2).

Parte reducida del *clero*, pero significativa por su celo y actividad, está tratando de crear nuevas formas de vida pastoral y comunitaria (revalorización de la llamada "pastoral popular") y trasladando los símbolos religiosos tradicionales a dimensiones de significación sociopolítica.

Después del desaparecido grupo sacerdotal "Golconda" (nacido en julio de

1968) han nacido otros, de los cuales el más notorio es "SAL", Sacerdotes para América Latina (1972).

La aceptación, en diversos grados, del marxismo como método de análisis de la realidad social; las denuncias agresivas ante actuaciones concretas de los poderes eclesiásticos y civiles; la participación en movimientos obreros, campesinos y populares que buscan un cambio radical de la situación (se ha participado en apoyo a huelgas, invasiones de tierras, lucha contra los desalojos, paros cívicos, etc.); el rechazo del sistema capitalista y la opción por un socialismo, ha acarreado a estos grupos la acusación de "curas rebeldes", "subversivos", "clero marxista".

La posibilidad real de una represión eclesiástico-civil ha hecho que grupos como "SAL" trabajen en estos momentos de manera cuasi clandestina.

A pesar de su limitación numérica y de sus deficiencias teóricas y prácticas, es innegable que estos grupos de "izquierda eclesiástica" representan una voluntad de compromiso con el pueblo más pobre y una vía de cambio social. En un país que desde el punto de vista religioso conserva una fuerte estructuración jerárquico-clerical, la "izquierda eclesiástica" está jugando un papel importante de desbloqueo ideológico, desvinculando los valores cristianos de los mecanismos ideológicos del "statu quo".

Respecto a esta problemática de las relaciones entre Iglesia y Sociedad, entre servicio de la Fe y promoción de la Justicia, se puede decir que el *laicado* como grupo organizado se muestra ausente y silencioso. Esta situación puede explicarse por la crisis que afectó después del Vaticano II y de Medellín a las organizaciones laicales; y porque la actitud de "auxilia-

(2) Un somero análisis de los planteamientos de la Iglesia Jerárquica se encuentran en VALLEJO César, *La Situación Social en Colombia*, Bogotá, CIAS, 1974, 3a. edición, pp. 484-498 (La Iglesia católica y el cambio).

res del clero" o de "seguidores fieles", característica de los laicos activos, no los educaba para tomas de posición independientes de la jerarquía eclesiástica, de quien siempre se esperaban directivas. Es lógico que en una iglesia clerical los fieles, para los asuntos serios, esperen a que "hable la iglesia", es decir, a que se pronuncie el clero, colocándose ellos a la expectativa; expectativa mezclada ahora con la perplejidad que produce el ver a los representantes de la institución enfrentados entre sí.

A partir de Medellín se promovieron las llamadas "comunidades de base". Vino luego un florecer de grupos carismáticos, grupos de oración y de renovación de vida cristiana. El límite actual de dichos grupos parece residir en su énfasis en la renovación *espiritual*. Si a la otra tendencia se la tacha de "encarnacionismo horizontalista" y de ser un "ver sociológico" más que un "ver teológico", por esta otra parte habrá que estar atentos para no caer en el refugio de un espiritualismo de evasión en el que la religión se emplee como consuelo y "aroma espiritual".

LAS TENSIONES DE UN DESPOJO

En Colombia podemos hablar todavía de una iglesia de tipo "monopólico" (3), es decir, que posee garantías legales y cierto apoyo por parte del Estado como sistema religioso "establecido". El criterio fundamental del último Concordato firmado el 12 de julio de 1973 es de nuevo la verificación del "tradicional sentimiento católico de la nación colombiana" que lleva al Estado a considerar la religión católica "como elemento fundamental del bien común" (art. 1).

Este tipo de iglesia ejerce influencia mediante controles difusos (una de cuyas expresiones es la verificación del "sentimiento católico de la nación"), participa-

ción del clero en los grupos de élite y conexiones con la clase alta.

Frente al actual cambio social que se está produciendo en América Latina (quiebra de una cultura tradicional; pasaje problemático y aún vacilante del ejercicio del poder, de una oligarquía a un pueblo concientizado y organizado) y frente a las nuevas tendencias en la actividad de la Iglesia a partir del Vaticano II y de Medellín, esta iglesia "monopólica" experimenta tensiones profundas que la sitúan cerca de una "neurosis colectiva". Experimenta temor ante una situación de privilegio que se ve amenazada en la esfera cultural y política; y muestra hostilidad por la creciente competencia de valores representada por grupos antagónicos a ella (por ejemplo, el atractivo que ejerce el marxismo en muchos grupos del movimiento obrero y estudiantil).

Es palpable la pérdida de incidencia social sufrida por la institución eclesiástica: el proceso de industrialización y de secularización avanza, y es de esperarse que la reacción sea particularmente fuerte en un país de tanta tradición clerical. En lo político y económico se recurre cada vez menos a las bendiciones clericales; y aun los llamamientos relacionados con la moralidad pública y privada (asesinatos, robos, secuestros, tráfico de drogas, inmoralidad administrativa) no parecen tener mucha eficacia.

El resultado es una iglesia ansiosa, desconcertada ante los retos del momento histórico, dubitativa sobre las prioridades que hay que tomar, y en la que la falta de confianza en sí misma la puede llevar a imponerse no con autoridad sino con autoritarismo.

Esta situación debe llevar a la iglesia católica, tarde o temprano, a interrogarse seriamente sobre su propia identidad y ubicación dentro de la vida nacional:

(3) Sobre esta tipología cfr. VALLIER Iván, *Catolicismo, control social y modernización en América Latina*, Buenos Aires, Amorrortu, 1970, pp. 110 ss.

No hay mucha ingenuidad e ilusión respecto a la eficacia actual de la iglesia colombiana en lo sociopolítico? (Se urge insistentemente en el deber de votar y se abstiene cerca del 70% del electorado, como en las pasadas elecciones de abril). De esta ilusión también debe ser consciente la "izquierda eclesiástica", así como de los peligros de caer en un "neconstantinismo".

Aun en lo religioso, no se cuenta demasiado alegremente con un "sentimiento católico de la nación colombiana" que no corresponde a una realidad de explotación, injusticia y violencia macabra?

Este proceso de reajuste "hacia afuera" (cuál es nuestro quehacer hoy en Colombia) y "hacia dentro" (en realidad quiénes somos y qué somos los católicos colombianos) es causa de frustración para los cristianos acostumbrados a una iglesia organizada, bien establecida y que gozaba de cierto prestigio y respeto dentro de la vida nacional.

El momento que vivimos es el de una *iglesia en despojo*: desgarramientos internos y pérdida de influjo en el "exterior" de sí misma. Cuando se mira lo que surge: una iglesia que quiere ser servicio desinteresado, estar más cerca del pueblo pobre y explotado, y cumplir libremente su misión profética ante los poderes de este mundo, hay motivos para la esperanza. . . aunque despojarse o ser despojado nunca ha sido agradable.

LA DINAMICA ACTUAL DE LA IGLESIA COLOMBIANA

En líneas generales podríamos considerar que existen tres tendencias bastante definidas en la iglesia católica colombiana.

Una es la representada por grupos de cristianos que todavía adoptan una acti-

tud que podríamos catalogar como "preconciliar". Añoran las prácticas y el talento de una iglesia "pre Vaticano II" y defienden los privilegios a que se hacían acreedores los representantes de una "sociedad católica". Tratan de lograr la pervivencia de una cristiandad, o al menos de una nueva cristiandad. En esta posición encontramos desde la derecha católica "ilustrada" hasta buena parte del tradicional "catolicismo popular".

Por otra parte tenemos el catolicismo "progresista" de tipo conciliar conformado por personas que, en estos últimos años, se comprometieron con mucho entusiasmo a partir de la teología y de la pastoral europea en una reforma interna de la iglesia en lo litúrgico, catequético, bíblico, teológico, etc.

Sobre todo a partir de Medellín empezó a consolidarse otro grupo que, apoyándose en la "teoría de la dependencia", ha hecho énfasis en una liberación cristiana que tenga repercusiones concretas en lo económico, lo político, lo cultural. Esta "izquierda eclesiástica", por llamarla de alguna manera, quiere ser profética y ha adoptado una actitud de ruptura con el orden establecido. Sus tomas de posición están generando como reacción la reorganización de los grupos tradicionales (particularmente combativo es "Tradición, Familia y Propiedad").

Esta situación intraeclesial puede servir a los propósitos de una política "liberal progresista" (que ve que hay que cambiar algunas cosas. . . para que todo pueda continuar igual, como decía el Gatopardo) que en sus medios de comunicación social puede utilizar convenientemente varias alternativas: apoyarse en la iglesia defensora de las instituciones; presentarla como "retrógrada" o descalificarla como "marxista" y "subversiva".

La *dinámica actual* del catolicismo colombiano es, pues, el resultado de las tensiones entre un sector tradicional todavía preponderante, un centro progresista vacilante y una izquierda escasa pero beligerante.

Las *tendencias básicas* que han caracterizado durante muchos años a la iglesia colombiana —influencia clerical; laicos leales y pasivos; fuertes lazos de unión entre la Iglesia y el Estado; programas educativos y asistenciales en expansión— continúan vigentes pero en situación de crisis y desgaste.

El futuro inmediato plantea numerosos interrogantes, entre otros:

Hacia dónde se inclinará el centro progresista? Bien puede colaborar en un compromiso popular de liberación cristiana que asuma la crítica de la situación político-económica concreta; o bien puede prestar sus servicios al tradicionalismo, ofreciéndole una “modernización” teológico-pastoral abstracta que le permitirá defender sus intereses y oponerse a los incipientes intentos de una “teología de la liberación”.

Por otra parte la “izquierda”, que tiene en común el propósito activo de eliminar las estructuras de poder establecidas y de crear un orden social nuevo en su totalidad, presenta una amplia diversidad en cuanto a estrategia, tácticas, perspectivas e intereses. Desde el “centro” se la mira, por tanto, con recelo y a la expectativa de que clarifique su *proyecto de liberación* al que se le ponen interrogantes como los siguientes:

- No está confundiendo, identificándolos, evangelización y promoción de la justicia, progreso humano y reino de Dios?
- No opera un recorte metodológico en la lectura de la Escritura?
- En qué medida precisa se adopta el marxismo?
- Qué tipo de *eficacia* cristiana se busca? No se estará reviviendo, con el signo de izquierda, la vieja estrategia del “clericalismo” y ofreciendo bendiciones a nuevos conquistadores?